

La Luz de la Reina

Reinado 
de Maria

Lumen Reginae

Nº 9 - Enero 2021

«Todo en Santa María se explica
en, por, desde, su MATERNIDAD.

En Santa María todo es
maternal, todo apto para
engendrar, conservar y hacer
crecer la vida»

(P. Rodrigo Molina)

*Totus Tuus.
Ser de Ella como Ella es de
Dios*

La virtud de la Esperanza.

Testigos de María
**San Francisco de Sales.
La oración del Acordaos lo
salvó de la desesperación.**

*Al Encuentro con el
Dios Uno y Trino*
**El Bautismo nos abre el
cielo.**

Sumario



Alma Mariana

P. Rodrigo Molina

Inspirador del Reinado de María

«Santa María fue predestinada por Dios a ser la Madre del Dios Redentor y, por ello, a ser Corredentora de la humanidad, Madre espiritual de los redimidos, Mediadora de todas las gracias, Madre de la Iglesia.

María, Madre de Dios y Madre nuestra, nunca se cansa de nosotros. Ella nos protege y defiende eficazmente de todo enemigo.

Santa María ¡Bendita seas! Tú eres el lugar para el Encuentro con Dios».

Rodrigo Molina

EN LA ESCUELA DEL INMACULADO CORAZÓN

4 LA MATERNIDAD DIVINA DE MARÍA

VICTORIAS DE MARÍA

7 EN BUSCA DE UNA MADRE

TESTIGOS DE MARÍA

8 SAN FRANCISCO DE SALES

MI INMACULADO CORAZÓN TRIUNFARÁ

10 COSNSTRUCTORES DE LA PAZ EN EL MUNDO. ¡NO PECAR!

TOTUS TUUS. SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

12 LA VIRTUD DE LA ESPERANZA

REINADO DE CRISTO

14 LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS

AL ENCUENTRO CON EL DIOS UNO Y TRINO

15 LA TEOFANÍA TRINITARIA EN EL BAUTISMO DEL SEÑOR.

REINADO DE MARÍA

16 «CON LOS OJOS, LAS MANOS Y EL CORAZÓN DE MARÍA»

Lumen Reginae

Boletín Oficial del Reinado de María.

“Ad Jesum per Mariam”





Al lector

Iniciamos este Nuevo Año con la celebración de Santa María, Madre de Dios. Inaugurando el año con la Madre, porque María, Madre de Dios y Madre nuestra, es la que actualiza la presencia de Dios y nos lleva a Dios.

"Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva". (Ga 4, 4)

«Cuando llegó la plenitud del tiempo...» es decir, el tiempo en que el Amor de Dios en su plenitud total tenía determinado irrumpir en el mundo, envió Dios a su Hijo. Y lo envió «nacido de mujer»: He aquí la gloria máxima de María y el origen y raíz de todas sus glorias: de Ella hace Dios su Hijo.

María pone entre nosotros a Dios presente. María Santísima, con su Maternidad Divina, pone esa presencia de eternidad en el mundo. ¡Gran noticia para todos los hombres! María nos da a Jesús, nos da esa seguridad divina, absoluta, por encima de todas las seguridades humanas y así debemos creerlo, ¡Dios está con nosotros!

Cuando llegó la plenitud del tiempo

María es la imprescindible. Sin María el Plan de la Redención no se puede realizar. Y es imprescindible por sabio designio de Dios Padre y clara Voluntad de Dios Hijo que va a ejecutar Dios Espíritu Santo. Ella representa el lugar histórico en el que Dios saltó de la eternidad al tiempo: Es una presencia de Eternidad.

Y Santa María, al concebir físicamente a Jesús, nos concibe espiritualmente a todos nosotros, llamados a ser parte del «Cuerpo Místico» de su Hijo. Ella nos hace «familia de Dios».

En María se hace realidad la infinita compasión de Dios por el hombre. Ha caído sobre nosotros la Misericordia de Dios. Nada puede ya detener a Dios en su decisión efectiva de hacernos bien. Desde entonces Santa María es Nuestra Señora de la esperanza y de la consolación.

Vivamos en obsequio a María. Dedicémosle este año 2021 que comenzamos, Consagrémonos a Ella con todo lo que somos y tenemos.



En la Escuela del Inmaculado Corazón

La fiesta de la Maternidad Divina es la más antigua que conocemos sobre la Virgen María. Ya en el siglo IV era habitual no solo llamar a María «Madre de Dios», sino que además este título ya era parte de las plegarias del pueblo cristiano. La oración mariana más antigua, después del Avemaría, que se encontró en un papiro copto del siglo III dice así: «*Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios, no deseches nuestras súplicas, an-*

tes bien líbranos siempre de todo peligro, oh Virgen Gloriosa y Bendita».

«*Madre de Dios*», *Theotokos*, es el título que se atribuyó oficialmente a María en el siglo V, exactamente en el concilio de Éfeso, el 22 de junio del año 431, en el contexto de las fuertes disputas de ese período sobre la persona de Cristo, promovidas por el hereje Nestorio, patriarca de Constantinopla.



La Maternidad Divina de María

Con el título de «Madre de Dios» se subrayó que Cristo es Dios y que realmente nació como hombre de María. Jesucristo, que es Dios hecho hombre, no deja de ser Dios al hacerse hombre. Entonces María, al dar a luz a la humanidad de Cristo, es Madre de toda la Persona de Cristo, que es Dios.

Por eso en el concilio de Éfeso, del año 431, se definió solemnemente, por una parte, la unidad de las dos naturalezas, la divina y la humana, en la persona del Hijo de Dios y, por otra, la legitimidad de la atribución a la Virgen del título de Theotokos, Madre de Dios.

La doctrina relativa a María, Madre de Dios, fue confirmada de nuevo en el concilio de Calcedonia (año 451), en el que Cristo fue declarado «verdadero Dios y verdadero hombre (...), nacido por nosotros y por nuestra salvación de María, Virgen y Madre de Dios, en su humanidad».

Pío XI, en su Encíclica del XV Centenario de Éfeso, recuerda el entusiasmo con que el pueblo cristiano recibió la declaración dogmática: «Y tanta era la devoción del pueblo de Éfeso a la Madre de Dios, tan encendidamente la amaba, que cuando supo el fallo pronunciado por los Padres del Concilio, los aclamó con explosiones de alegría, y en ingente muchedumbre, los acompañó con antorchas encendidas hasta sus casas.»

Y continúa el Papa: «Pero en el oficio de la Maternidad divina, hay también otra cosa que



juzgamos se debe recordar, y que encierra ciertamente mayor dulzura y suavidad. Y es que habiendo María dado a luz al Redentor del género humano, es también Madre benignísima de todos nosotros, a quienes Cristo Nuestro Señor quiso tener por hermanos... De aquí es de donde nace que nos sintamos atraídos por





Ella con un impulso irresistible y confiemos a Ella todas nuestras cosas.» (Enc. *Lux veritatis*, 25 diciembre 1931).

«Madre de Dios. Qué título más inefable —dice Pío XII—. La gracia de la divina Maternidad es la llave que abre a la débil investigación humana las grandes riquezas del corazón de María. Viene a ser como un desafío, que exige para Ella la más sumisa reverencia de todas las criaturas. Sólo Ella, por su dignidad, trasciende los cielos y la tierra. Ninguna entre las criaturas visibles e invisibles puede compararse con Ella.»

El título de Madre de Dios, expresa muy bien la misión de María en la historia de la salvación. Todos los demás títulos atribuidos a la Virgen se fundamentan en su vocación de Madre del Redentor, la criatura humana elegida por Dios para realizar el plan de la salvación, centrado en el gran misterio de la encarnación del Verbo divino.

Y San Pablo VI, el 21 de noviembre de 1964, atribuyó solemnemente a María el título de **«Madre de la Iglesia»**. Precisamente por ser Madre de la Iglesia, la Virgen es también Madre de cada uno de nosotros, que somos miembros del Cuerpo místico de Cristo.

En estos días, en la representación del Nacimiento encontramos a la Virgen Madre que ofrece al Niño Jesús a la contemplación de quienes acuden a adorar al Salvador: los pastores y los Magos. La devoción del pueblo cristiano siempre ha considerado el nacimiento de Jesús y la maternidad divina de María como dos aspectos del mismo misterio de la encarnación del Verbo. Por eso, nunca ha considerado la Navidad como algo del pasado. Somos «contemporáneos» de los pastores y de los Magos, y mientras vamos con ellos nos sentimos llenos de alegría, porque Dios ha querido habitar con nosotros y tiene una Madre, que es nuestra Madre.

Encomendemos el nuevo año y consideremos la importancia de la presencia de María en la vida de cada uno de nosotros. Que Ella guíe nuestros pasos en este período de tiempo que el Señor nos concede vivir, y nos ayude a ser auténticos discípulos de su Hijo y valientes artífices de su reino en el mundo.



Victorias de María

En busca de una madre

«Cierta día, a mediados de 1960, —cuenta un coadjutor de una Parroquia a las afueras de París— noté que una oveja extraña se había agregado al rebaño de mi Catecismo. Esta fisonomía pálida, que furtivamente se insinuó en el rincón del último banco, no me era del todo desconocida. Mi memoria me recordó luego que era el hijo de un capataz de la fábrica, hombre de opiniones violentas y exaltadas, orador de club, gran anticlerical. Por lo demás, el pequeño parecía desorientado en el lugar sagrado: miraba a todas partes, y tenía una actitud molesta en la extremidad del banco. Cuando terminé de interrogar a mis chicos, fui hacia él y lo invité a ponerse de pie. Me miraba con grandes ojos tristes.

—¿Vas a la escuela? —le pregunté—; ¿has oído hablar de Dios?

Silencio y un gesto vago e indiferente.

—¿Y de la Santísima Virgen?

El pequeño alzó la frente y su rostro se animó. —Sí; he oído decir que los chicos del Catecismo tienen una madre, y por eso he venido, ¡Yo no tengo madre! —y se echó a llorar.

Sus palabras me conmovieron. Cuando salieron todos, volví a donde estaba.

—Ven—le dije—, te voy a llevar donde está tu Madre.

Me miró con curiosidad.

Acompañé al niño hasta la capilla de la Virgen. En cuanto el pequeño descubrió la santa imagen, dijo:

—Ahí está. ¡Qué hermosa! ¿Cree Usted que querrá que yo sea hijo suyo? Tiene otro en sus brazos, y yo estoy enfermo...

—Pobrecito, ¿estás enfermo?

Tocó el costado izquierdo, diciendo:

—Me duele aquí, pero poco; sólo que no puedo jugar y correr con los demás, y el médico no me deja ir a la escuela. Estoy solo en casa; papá me quiere mucho, pero está siempre fuera. Por eso me he escapado y he venido.

Di gracias a la Virgen por haberme traído esta almita.

—¿Cree usted—repetía el niño inquieto—que Ella me aceptará?

—No hay duda, amigo mío; pero hay que imitar a los niños que vienen aquí y aprenden el Catecismo. Y al ponerle uno en sus manos, me dijo:

—Gracias: descuide Usted que lo he de aprender.

Lo aprendió. Pero la muerte seguía lentamente su obra. Poco tiempo después de su Primera Comunión, moría como un santo, y se fue al cielo a reunirse con su Madre».

Testigos de María

El 24 de enero celebramos a San Francisco de Sales. Santo Obispo de Ginebra (1567-1622) y cofundador, con Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, de la Orden de la Visitación de Santa María. Prolífico escritor de obras espirituales, indicó el camino de la santidad como una llamada dirigida a todos los estados de vida. Fue canonizado en 1665. En 1878 el Papa Pío IX lo declaró Doctor de la Iglesia.

Devotísimo de María, cuyas misericordias y excelencias no cesó de publicar en sermones y libros, experimentó de manera poderosísima su eficacia maternal:

A los veinte años siendo escolar en París, atravesó una gravísima crisis espiritual que duró seis semanas y fue tan profunda que hasta alteró su salud, perdió totalmente el apetito y el sueño, quedándose delgadísimo y amarillo como la cera.

Profundizando en el misterio de la predestinación, tomó conciencia de la incertidumbre de la salvación y con angustia se preguntaba ¿seré yo del pequeño número de los predestinados?...

El joven Francisco cayó en una crisis extrema, le parecía que estaba condenado y que ya no había salvación para él.

A pesar de este sufrimiento tan desgarrador, mantuvo la resolución de amar y servir a Dios con todas sus fuerzas durante su vida y con tanto más cariño y fidelidad, por parecerle que ya no le iba a ser posible hacerlo en la eternidad.

Gemía: «Y yo, miserable, ¡ay de mí! ¿me veré privado de la gracia? Virgen María, ¿ya no os veré jamás en el Reino de vuestro Hijo? ¿Y jamás voy a participar del inmenso beneficio de la Redención?... Suceda lo que suceda, Señor, que al menos os ame en esta vida si es que no voy a amaros en la eterna». Oración trágica y generosa, pero insuficiente para pacificar este el ama.



Ninguna salida le parecía posible en este drama espiritual, cuando un día que volvía solo del colegio, tuvo la idea de entrar en la Iglesia de San Esteban des Grès.

Apenas entró en la Iglesia, Francisco fue derecho a la capilla de la Virgen. Puso su atención en una tablilla fijada en la pared, con la oración de San Bernardo, que empieza: *Memorare...*:

«**Acordaos**, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que ninguno que haya acudido a Vos, implorando vuestra asistencia y reclamando vuestro socorro, haya sido abandonado de Vos. Animado con esta confianza, a Vos también acudo, oh Virgen, Madre de las vírgenes, y aunque gimiendo bajo el peso de mis pecados, me atrevo a comparecer ante vuestra presencia soberana. No desechéis, oh purísima Madre de Dios, mis humildes súplicas; antes bien, escuchadlas favorablemente. Así sea».



La oración del Acordaos lo salvó de la desesperación

La recitó de rodillas y con lágrimas. Una vez acabada la oración, pidió la salud del cuerpo y del espíritu y consagró a Dios y a la Virgen su virginidad, obligándose en testimonio de ello a rezar el Santo Rosario todos los días de su vida.

En medio de esa oración, la tentación desapareció y recobró la salud, pareciéndole que le quitaban de la cabeza y del cuerpo como costras o escamas de lepra.

Al salir de esa crisis, Francisco había adquirido una experiencia inestimable de la misión insustituible de la Virgen nuestra Madre en los caminos de Dios. Solía recomendar:

«Invoquemos a nuestra dulcísima Madre María, imploremos su amor maternal y procurando imitar sus virtudes tengamos para con Ella un corazón de verdaderos hijos».

«El Rosario es el mejor de los rezos. Rezar mi Rosario es mi más dulce ocupación y una verdadera alegría, porque sé que mientras lo rezo estoy hablando con la más amable y generosa de las madres».





Mi Inmaculado Corazón triunfará

El 1 de enero celebramos la Jornada Mundial por la Paz. En su primera aparición Nuestra Señora de Fátima dijo a los Pastorcitos: **“Rezad el Rosario todos los días, para alcanzar la paz del mundo y el fin de la guerra”**. Petición que la Virgen repetirá los meses siguientes.

La insistencia de María nos demuestra el poder tan eficaz del Santo Rosario para alcanzar la PAZ: en el mundo, entre los pueblos, en las familias, en lo más profundo de los corazones de todos los hombres.

La Virgen insiste además en la conversión. La tan anhelada paz no se consigue sin una verdadera conversión personal. Por eso nuestra Madre nos exhorta de manera muy apremiante a que quitemos todo pecado de nuestra vida. Hay que empezar re-

conociéndolo, para arrepentirnos de él y hacer un firme propósito de nunca más pecar.

Pero, ¿qué es el pecado?

El pecado es una transgresión voluntaria a la ley de Dios. Es un acto libre y personal por el que el hombre decide rechazar a Dios, desobedecerle, vivir al margen del amor de Dios y de su Voluntad concreta. El pecado ofende a Dios, produce un desorden en el interior del hombre y atenta contra la solidaridad humana.

Según su gravedad, el pecado puede ser «*mortal*» o «*venial*».

El *pecado mortal* es una infracción grave de la Ley de Dios.



Constructores de la Paz en el mundo. ¡No pecar!

(expiable en la tierra o en el purgatorio).

Para que el pecado sea mortal se requieren tres cosas:

- 1ª que la materia del pecado sea grave;
- 2ª que sea cometido con pleno conocimiento y,
- 3ª con consentimiento perfecto.

Cuando:

- la materia del pecado es leve o;
 - no hay pleno conocimiento o consentimiento,
- el pecado es venial.*

El pecado mortal priva de la gracia santificante, de la amistad con Dios, de la caridad, y, por lo tanto, de la bienaventuranza eterna. Al pecar mortalmente el hombre se hace reo de la pena eterna del infierno.

Para que el pecador pueda recobrar la caridad perdida, se requiere una verdadera conversión del corazón y recibir la Misericordia de Dios mediante el Sacramento de la Confesión. No hay pecado, por grande que sea, que no pueda ser perdonado; no hay pecador que sea rechazado. Toda persona que se arrepienta será recibida por Jesucristo con perdón y amor infinitos.

El pecado venial es una transgresión voluntaria de la Ley de Dios en materia leve. Es una desviación en el recto camino que conduce a Él. No destruye la caridad, pero la ofende y la hiere.

El pecado venial merece una pena temporal

El pecado es el peor de los males que oprimen al hombre. Romper sus cadenas es cuestión de vital importancia. Quien no tiene paz con Dios, no la podrá tener consigo mismo ni con sus hermanos.

Nuestra Señora nos da el remedio: El Santo Rosario. El Rosario es esa cadena de amor que me une a Dios a través de María y me libera de la esclavitud de mis vicios, pasiones y malas inclinaciones que me arrastran a apartarme de Dios. El Rosario nos hace constructores de la paz en el mundo.



Totus tuus. Ser de Ella Como Ella es de Dios

El hombre no puede vivir sin esperanza; es una actitud imprescindible para afrontar la vida; viene a ser la meta que impulsa, atrae, y el motivo para seguir esforzándose. El cristiano se encuentra en el duro camino, en la marcha hacia la tierra prometida: el cielo. El aliento para ir superando las dificultades proviene del convencimiento de que la meta compensará con creces todo lo padecido.

La auténtica esperanza exige unas actitudes singulares, implica una manera diferente de ser, impone una moral de ruta, un desprendimiento de las ataduras, fiados en la palabra y fuerza de Dios.

La Virgen María es quien cultivó más a fondo la confianza en Dios y, a la vez, se entregó a su tarea terrena plenamente. Dios constituyó a María en signo de esperanza para todos y en modelo a imitar en esta hermosa virtud.

Dos pecados, especialmente, se oponen a esta virtud de la esperanza: la presunción y la pusilanimidad.

La presunción se opone a la esperanza «por exceso». Se define como: la temeraria confianza de obtener la salvación del alma por medios no ordenados por Dios.

El que presume, está seguro de sí mismo y prescinde del auxilio divino. Ante esta actitud, propia de nuestra soberbia, el apóstol nos pone en alerta: «*El que está en pie, mire no caiga*» (1Co. 10, 12). Y también: «*Trabajad temiendo y temblando en la obra de vuestra salvación.*» (Flp. 2, 12)



La virtud de la Esperanza.

San Pedro, en la prueba, desertó y negó a su Maestro, porque antes se había apoyado en su fuerza: *«Aunque todos te abandonen, yo jamás te abandonaré»* (Mt. 26.33).

Nuestra Señora, por el contrario, se consideraba pequeña: *«...Porque ha mirado la pequeñez de su esclava»* (Lc.1,48), canta en el Magnificat. *“Ella sólo se apoyaba en Dios, en el Dios siempre fiel, en el Dios que promete la Salvación y que la opera, en el Dios que auxilia a quien en Él confía”* (P. Molina, Novena a Ntra. Sra. del Encuentro con Dios)

La pusilanimidad se opone a la esperanza «por defecto». Es el pecado de los que por excesiva desconfianza de sí mismos o por una humildad mal entendida, no hacen fructificar todos los talentos que de Dios han recibido: «siervo malo y perezoso» (Mt. 25,26), dijo el Señor a aquel que, en vez de trabajar, enterró su talento.

La pusilanimidad se combate poniendo la esperanza en el Auxilio Divino, que no faltará nunca a los hombres de buena voluntad. También en este sentido, el modelo es María, la Esclava Fiel, que se puso a disposición de todas las Voluntades de Dios. La que salió presurosa a prestar sus servicios a su prima Santa Isabel que estaba encinta (Cf. Lc. 1,39); la que logró, gracias a su fe y confianza, que Jesús obrara su primer milagro transformando el agua en vino (Cf. Lc. 2, 1-11); la que siempre creyó en las promesas de Dios.

Pidámosle a la nuestra Buena Madre que nos de entender esta, tan necesaria y hermosa, virtud de la esperanza, de suerte que ni abusemos con la presunción, tentando a Dios, ni desconfiemos de Él y de su gracia; que aprendamos a desconfiar de nosotros, para obrar solamente apoyado en Ella y en Dios



Reinado de Cristo



La adoración de los magos

«Y entrando en la casa encontraron a Jesús con María su Madre y postrándose lo adoraron y abriendo sus tesoros le ofrecieron oro, incienso y mirra» (Mt 2, 11).

A Jesús se le encuentra en María; a Dios se le encuentra en su Madre.

Ley universal: Todo hombre viene por una mujer; todo nacimiento tiene una madre; Dios se injerta, entronca en el mundo en una Mujer y el hombre se entronca, se injerta en Dios en una Mujer. Y esta Mujer es María.

En centro intencional de todo el Evangelio de la Infancia en San Mateo es la Adoración de los Magos. El pecado trajo el ocaso de Dios. Pero Dios vuelve a brillar, a aparecer. Y el hombre reencuentra a Dios. Esto es la Adoración de los Magos: el reencuentro del hombre con Dios.

«Y cayendo en tierra, lo adoraron»: La Adoración es la expresión de la reacción del hombre impresionado por la proximidad de Dios; es veneración trepidante; es agradecimiento efusivo; es homenaje gozoso. El hombre invadido por ese toque con la divinidad se derrumba, se allana, cae ante su Dios.

«Y abriendo sus tesoros le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra»: Es el darse que sigue al ver, es el amor, es el ofrendar todo mi ser, el va-

ciarlo todo en Dios con disponibilidad y apertura total.

Y todo este proceso se hace en MARÍA. María con el Niño en los brazos. Ella es Trono; Él, el Rey; Ella, el pedestal; Él, la imagen... La misión de María es ofrecerme a Jesús.

Revivamos también nosotros la Epifanía del Señor. Cada día, Jesús se manifiesta en ese momento emocionante que es la transubstanciación en la Santa Misa, en que el altar se transforma de repente en Belén y Gólgota, en Pesebre y Cruz.

¿Has pensado qué gran privilegio es para nosotros, qué fina distinción tenemos, al poder arrodillarnos todos los días ante Nuestro Señor Jesucristo y Adorarlo profundamente, presente en la Sagrada Eucaristía?

“¡Seamos adoradores del único y verdadero Dios, dándole el primer puesto en toda nuestra vida! ¡Resistamos a los falsos ídolos, las falaces ilusiones y modas efímeras que no pocas veces dejan un trágico vacío espiritual! Rechacemos las seducciones del dinero, del consumismo y de la violencia. Adoremos a Cristo, Jesús es el Príncipe de la paz, la fuente del perdón, Él es la Roca sobre la que construir un mundo más justo y solidario”. (Cf. San Juan Pablo II, Mensaje JMJ de Colonia, 6-8-2004).

Al Encuentro con el Dios Uno y Trino

La Teofanía Trinitaria en el Bautismo del Señor.

Concluyendo el tiempo de Navidad, celebramos la fiesta del Bautismo del Señor.

«Y sucedió por aquellos días, que vino Jesús de Nazaret en Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. E inmediatamente salió de las aguas y vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu en forma de paloma bajaba sobre Él. Y una voz resonó desde los cielos: Tú eres mi Hijo amado; en Ti me complazco» (Mc 1,9.11).

Se trata de una explícita «teofanía» o manifestación trinitaria: Jesús se manifestó como el «Cristo». Al mismo tiempo, junto al Hijo de Dios, aparecieron los signos del Espíritu Santo y del Padre celestial.

Dios Padre manifiesta que Jesús es su Hijo natural y testimonia públicamente su misión salvífica universal. Los cielos, hasta entonces cerrados, se han rasgado y abierto y el hombre puede ya tener el mismo Espíritu de Dios, su misma fuerza.

Jesús, inocentísimo, se presenta mezclado entre los pecadores para ser bautizado. El bautismo de Juan es un bautismo de penitencia, muy distinto del sacramento que instituirá Jesús. Sin embargo, en aquel momento ya se vislumbra la misión del Redentor que toma sobre sí el peso de la culpa de toda la humanidad, como el Cordero de Dios que «quita» el pecado del mundo expiándolos con su vida, pasión y muerte, para hacernos participar en su misma vida divina.

Con el Sacramento del Bautismo, instituido por Cristo en este momento de su vida, no nos sumergimos simplemente en las aguas del Jordán para proclamar nuestro compromiso de conversión, sino que realmente se infunde en nuestras almas la gracia santificante que nos hace capaces de Dios, nos libera de la esclavitud de la muerte y «nos abre el cielo», es decir, el acceso a la vida auténtica y plena, la sobrenatural y eterna. Jesús, el Hijo amado del Padre, en el que Él se complace, adquiere para nosotros la dignidad y la alegría de llamarnos y ser realmente «hijos» de Dios.

Nuestra consagración a María, Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa y Sagrario del



Espíritu Santo, tiene como uno de sus propósitos el que actualicemos las promesas bautismales y desarrollemos nuestra vida sobrenatural sumergiéndonos en ese seno materno, el Corazón Inmaculado de María, que es la «atmósfera» querida por Dios para comunicarnos la sobreabundancia de su vida divina.

El agua bautismal simboliza el seno materno de María. Por lo tanto, en María:

- Me purifico.
- Ahogo los gérmenes diabólicos que no pueden subsistir en María.
- Apago el fuego de las pasiones. En cada tentación, acudimos a María con fe y confianza.

Por lo tanto, debemos «renovar» frecuentemente nuestro Bautismo y adaptar nuestro pensamiento y nuestro corazón a esta nobilísima realidad. La ternura divina es tal, que, para facilitarnos la muerte al pecado, Dios nos ha sepultado en un Corazón de Madre.

Con los ojos, las manos y el Corazón de María

8 de diciembre, Solemnidad de la Inmaculada Concepción. A pesar de las restricciones y la situación actual, nuestra Buena Madre pudo tener su gran celebración. Tuvimos la Santa Misa, Primeras Comuniones, procesión con la Imagen por las calles y mercados, Rezo de la Novena y el Santo Rosario Internacional de niños misioneros. Además, una Jornada Juvenil cuyo tema central fue: ¡La pureza!



María, ¡Salud de los enfermos! La Imagen de Nuestra Señora visitó a los enfermos del Hospital Lorena en Cusco, Perú. Una jornada de alivio, consuelo y salud para todos los pacientes. Recibieron a la Santísima Virgen con gran alegría y devoción.



¡El regalo de María, Madre mía! Visitamos a los niños del "Batey" (lugar de acogida) en Santo Domingo. Les llevamos regalos, alimentos y tuvimos una jornada de catequesis con todos ellos.



¡Ave, Ave, María! Jornada de catequesis y cantos marianos para los más pequeños en Orocovis, Puerto Rico.



¡Viva María, Madre de Dios! Cercano a los días de Navidad tuvimos un almuerzo navideño para los ancianos de la zona cusqueña de Acopía, Perú. Todos comieron su rica comida, disfrutaron de la alegría de la llegada del Niño Dios y dieron gracias a ¡María, Madre de Dios y Madre de todos los hombres! Sin olvidar, claro está, el emotivo y reverente beso al Niño Dios.

Este Boletín se distribuye gratuitamente. Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

